



Castañas, globos y caramelos, las grandes ilusiones infantiles surgen en cada esquina de la Villa para risa o rabieta de los niños que miran con tiernos ojos el tesoro maravilloso que tiene el vendedor.



«Caballero, limpia?» Este es un grito único en el mundo. Limpiabotas, hombres que hacen alquimia de betunes y cremas y por dos pesetillas dejan nuestros lustrados zapatos brillantes como espejos.



Pese a su atuendo campero y a su bastón de hierro, este caballero es un sencillo y pacífico guarda del Retiro que cuida del parque y mira paternalmente cómo juegan los niños al eterno «avión» y otros juegos.



Para las parejitas, las «chachas» y los soldados que quieren mandar un recuerdo a casa, el fotógrafo ambulante les brinda su efígie en dos minutos. Retratista retratado, que dice como es lógico al cliente: «Quieto un momento, que va a salir un pajarito», aunque éste no crea ya en los pájaros, «posa» para «M. H.»



**R**ECUERDO mi primera noche en Madrid. Con varios amigos españoles recorri lo que ellos llamaban el Madrid nocturno. Anduvimos de un lado para otro por la parte vieja y más encantadora de la ciudad, con auténtico sabor antiguo, inverosímil en su realidad. Calles estrechas, casas con más de un siglo, balcones de reja, y los faroles de pared, que siempre parecen alumbrar un crimen o una pareja haciéndose el amor. Faroles que luego me fueron familiares en los madrileñísimos lienzo de Eduardo Vicente.

Plazas de tranquila belleza y paz provinciana, luna iluminando los tejados, calles ruidosas de colmados, puertas que se abían y cerraban dejando salir voces, música de guitarra y un no muy auténtico flamenco, flamenco de turista.

Entre este ir y venir de barrios distantes, aristocráticos los unos, castizos los otros, parecía, siempre la misma, que iba y venía de portal en portal haciendo un ruido como de pata de palo. Unos aplausos ajenos a la hora y al lugar resonaban en mis oídos. De vez en cuando una estentórea voz se dejaba oír en el frío de la noche gritando: Serenoooo... Serenoooo... Tenía una resonancia seca, rebotaba por las paredes y subía hasta las ventanas. Y así de barrio en barrio se repite cada noche este grito y este batir de palmas. Luego un silencio de espera. Un silencio escuchado por oídos indiferentes. Un silencio y una voz que interrumpen el sueño, que rompen una intimidad, que se entremeten en la profundidad de una alcoba, estremecen la cuna del niño, agitan el sueño del viejo, interrumpen la meditación, el beso, la agonía, el nacimiento. Ya se oyen golpes apresurados. Es el chuzo, que va dando en la calle, anunciando la llegada del sereno, golpes acompasados y que avisan: voy, voy. Luego, la llave. Y el sereno franquea la puerta al vecino trasnochador.

El sereno es un noctámbulo a pesar de sí mismo. Lo es por oficio, no por afección. Sabe y conoce muchas cosas. Secretos de la ciudad y secretos de las gentes. Cosas que sólo ocurren de noche, a la luz de la luna o a la sombra de los portales. Tiene su mundo y su filosofía. Su tolerancia y su interpretación de la vida. Comprende todo y a veces no entiende nada. Es un pozo de discreción y un abismo de curiosidad.

Rara y anacrónica costumbre ésta de los serenitos. Molesto y pintoresco invento que data de 1700 y tantos. Dicen que casi todos son asturianos o gallegos y se llaman Pepe o Manolo. Son cargos codiciados que se pasan entre los miembros de la familia y hasta se pagan buenas primas para conseguirlos.

Ya los chuzos no tienen el farol que llevaban antes colgado. Cuentan que un sereno de Cartagena festejó el bautismo de su primogénito con una fiesta nocturna e invitó—por supuesto—a sus colegas. A medida que iban llegando los amigos dejaban al entrar los chuzos con los faroles encendidos arrimados a la pared exterior de la casa. Extraño espectáculo y extraña iluminación. Esa noche los cartageneros batían palmas inútilmente para entrar a sus hogares. La ciudad era como un inmenso teatro donde los artistas no querían hacer bis.

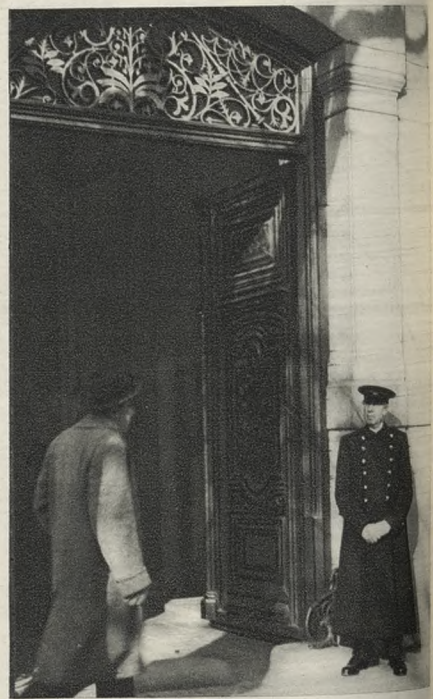
El secreto de los serenitos lo aprendí una noche, la primera que salí de mi casa al mudarme del hotel. Pedí la llave del portal y me entregaron una de tan considerable tamaño que me fué imposible llevarla conmigo. Aquí las llaves «Yale» se llaman sereno, y aunque dan poesía y gracia a las calles de Madrid son menos manuales que una llave.

Y así, el sueño de los españoles está guardado, mecido por un hombre que pasea dando golpes en la acera para anunciar su presencia.

MARÍA ELENA RAMOS MEJÍA



El buen viejo con su gorra de visera anda por parques y jardines con sus bastones. Pregón de una mercancía que agrada a los niños y que todos usan para apoyarse menos el vendedor. El bastonero que lleva bastones para chicos y ancianos convierte a los niños en pequeños petimetres que pasean por parques y aceras, proporciona una mercancía de gran aceptación en las calles madrileñas y en las avenidas del Retiro.



Casi de sol a sol, el portero de casa grande, con aspecto de señor, está en su puesto con la sonrisa a punto y la contestación amable. Un portero con levitón magnífico, que hasta pone el ascensor, se quita la gorra cien veces al día, sabe la vida y milagros de todos los habitantes de un palacio, pero su levitón con botones dorados es una coraza contra la maledicencia y el cotilleo de escaleras abajo.



El «ama» de cría es estampa alegre y lujosa con su juventud, sus arracadas y sus grandes pendientes de bola dorada en los paseos madrileños. Es algo que felizmente perdura y en la que el bebé pone la mejor y más encantadora sonrisa ante un retrato del que ya parece se da cuenta. Quizá sabe que los brazos de su aya son los que le evitarán los chichones de sus primeros pasos. (Foto Lara).



Mirada ágil, viva, brazos en aspa, fino torero del asfalto es el buen «urbano» de gabán azul y casco blanco, que ayuda benévolo a cruzar las aceras al transeúnte anciano o sin perder la sonrisa pone multas al «sordo y ciego». Las luces y los silbidos de su autoridad, pueden salvar una vida o asustar a un distraído.



El barquillero que los lleva de canela y limón, es en el tablero de los tipos madrileños el que mejor gana las «perras» de los soldados y niños.



Viaje de todas las ilusiones infantiles en la Plaza de Oriente. El Rey Felipe IV desde su caballo de bronce que labrara Tacca, sonríe al caballero del asno, tan orgulloso como él de su cabalgadura, que cada mañana pasea a los niños por el parque.



Sueño de los mayores, esperanza de todos para hacerse rico, la brinda doña Manolita, la lotera madrileña que tiene fama y clientes en las cinco partes del mundo, la lotera que dice que para triunfar hay que estar «quince horas en la silla».



«La manga riega que aquí no llega» es un grito de los chicos contra el manguero que no se asusta del agua fría, ni hace caso de la veda de la chiquillería. Él como único fin tiene el dejar la calle como un salón aunque alguna vez se «bañe» un poquito a un viandante.

# TIPOS DE MADRID